

754657



En este número:

La obra de Frank Lloyd Wright
 Los 200 años de Schiller
 La vida, una Antiprobabilidad
 Entrevista a José M. Vicuña
 La Televisión en la URSS
 Naves del espacio en serie
 Chile en la literatura germana
 "Lolita" en el Parlamento británico
 Ensayos de Germán Arciniegas,
 Mariano Picón Salas y William
 Saroyán
 Una carta de Albert Einstein
 Teatro, cine y poesía

LETRAS ARTES

Pomaire

CIENCIA

Año III — Nº 17 — Santiago de Chile, Marzo-Abril 1959 — Precio: \$ 150

Convirtió el dolor en canto, y la parálisis en música.

Entrevista - Concierto a la memoria de ROBERTO FALABELLA CORREA

—Mamá, quiero ser chofer, maquinista de trenes, jefe de estación...

—Sí, hijo.

—Aviador...

—Sí, hijo.

—Navegante solitario...

—Sí.

—Bombero, policía, detective...

—Sí.

Esta conversación —la misma que millones de niños establecen con sus madres, en las más diversas latitudes de la tierra— resultaba trágica o inaudita en la infancia de Roberto Falabella Correa, paralítico desde que tuvo un año. Amordazado por la enfermedad de Little, no podía ni siquiera mover las páginas de un libro. Pero su madre le trató siempre como al más normal y vital de los niños. Todo lo que el pequeño aspiraba a ser, desde su sillita de inválido, era aceptado y aplaudido por ella. Así se formó una de las más sorprendentes y robustas personalidades artísticas de Chile y de América. En sus 32 años de vida, a pesar de su sillón de enfermo, creó un mundo de alegría y de entusiasmo, mantuvo tertulias que duraban hasta el amanecer, fue guía de decenas de jóvenes, tuvo mujer e hijas y desarrolló una obra musical más abundante y poderosa que las de muchos de sus contemporáneos en edad y con menos conflictos que los suyos. Solía decir, riendo:

—Soy un sepultado que vive más que los vivos...

TIEMPO DE NACER

Cuando nació —13 de febrero de 1926, en Santiago de Chile— era un bebé fuerte, rubio, rebosante de salud, que enorgulleció al médico familiar con sus 4 kilos y 150 gramos de peso. Tenía un año cuando se revelaron los primeros síntomas de parálisis. Para su padre, Falabella, —de próspera e italiana familia de hombres de negocios— aquel cuerpecillo detenido era la antítesis de su vida amistosa y exuberante. Para Marta Correa, la madre, fina y honda, aquel niño inmóvil fue el desafío del mundo, que ella debía vencer, modelándolo como una obra de arte.

Hay curiosos episodios de infancia, que señalan el germen vital de este nuevo Lázaro que ni siquiera pudo levantarse y caminar, pero que recorrió más caminos que un navegante extremado. Conducido a las playas en su silla de ruedas, le encantaba que le llevaran al mar y lo hicieran flotar sobre las olas. Allí, sin tierra y sin necesidad de apoyos, llegó a aprender a nadar. En las noches, mientras la madre fingía sabiamente ignorar lo ocurrido, amigos de más edad trepaban por la ventana de su cuarto y se llevaban a Roberto en hombros, "de juerga" a los restaurantes. Era una inmensa felicidad la suya sentirse igual que los otros, jugando a los "hombres malos". En una ocasión, lo transportaron a pasear en bote. Vino una pequeña tempestad que casi volteó la embarcación. Mientras sus amigos palidecían, él se sentía dichoso, transfigurado, como un Simbad en pleno abordaje.

por SANTIAGO DEL CAMPO

a bordo del "Usodimare"

Fotos de BOB BOROWICZ



DELGADO, de piel mate y ojos verdes, su mirada tenía una dulzura que traía la paz.

Imposibilitado de asistir a colegios, estudió por su cuenta —ayudado por profesores particulares— todos los grados de la educación secundaria y varios años de Universidad. Su talento matemático era sorprendente. Con una heroica concentración, penetraba en los textos hasta dominar los temas y problemas, dejando atrás en muchos casos a sus propios maestros.

Tan férrea llegó a ser su disciplina que, aficionado por el ajedrez, se dedicó a escribir artículos y a organizar un campeonato internacional por correspondencia, con rivales de Inglaterra y de los Estados Unidos.

TIEMPO DE CREAR

Tenía 19 años cuando se despertó su vocación musical. De niño, permanecía horas oyendo música, seleccionada especialmente por su madre. Aunque le era difícil modular palabras —problema que llegó a resolver con el tiempo— vibraba ante la música con verdadera pasión. Su oído atento fue afinándose y captando el universo de los sonidos, con antenas alertas y casi invisibles.

—El ruido de las distintas hojas de un árbol —decía— suena diferente cuando las mece el viento.

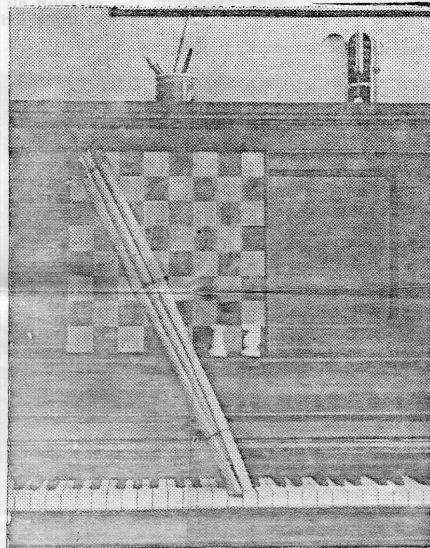
Entró en la música hasta dominarla en forma exhaustiva. Su parálisis, en lugar de ser freno, se convirtió en ventaja para la creación. Inventó un método propio que, si se le considera con mayor detenimiento, es mucho más puro que los sistemas tradicionales de composición. Como no podía tocar el piano, desarrolló un proceso de elaboración mental para crear cada una de sus obras, analizando, registrando y memorizando todas las fases musicales, estudiando las posibilidades de cada instrumento, con melodías y armonías resueltas de antemano. Arduo trabajo que le significaba meses de organización y ensismamiento. Hacía croquis, notas, teoremas. Y sólo después de larga preparación, dictaba las partituras a sus dos secretarios, Raúl Rivera Vargas y Eduardo Mobarak. Poseía un asombroso don de síntesis y un genio matemático, que surgían traducidos y plasmados en música.

—Voy a vivir poco —decía— y tengo que apurarme para escribir mucho.

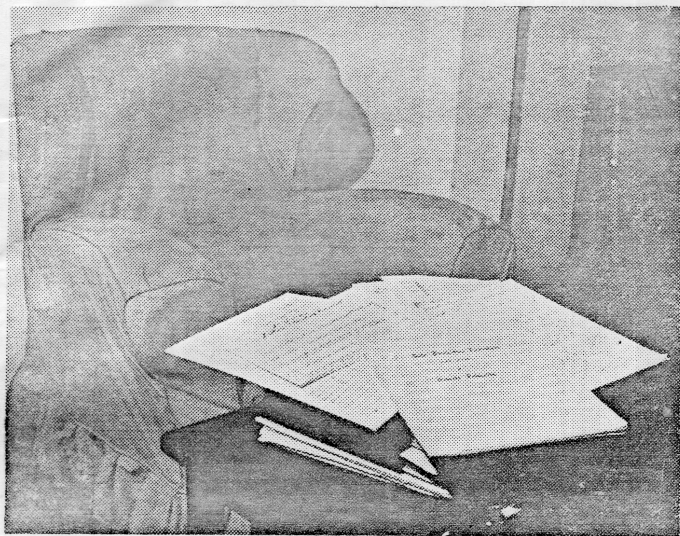
Y vivió poco. Y escribió mucho.

Inmóvil en su sillón, dictaba y dictaba sin cansancio, agotando a su secretario, movido por el infatigable demonio de su fervor creador. Así fueron naciendo sus obras, una tras otra, como las murallas sucesivas de una cascada: "Coral

(pasa a la página 16)



LOS DOS OBJETOS QUE MAS AMABA: su tablero de ajedrez y una flauta indígena.



EL SILLON VACIO, mundo inmóvil donde nacieron millones de notas.

ENTREVISTA...

(de la primera pág.)

con variaciones", "Pelleas y Melisanda", dueto para flauta y violín; "Sonata para piano", "Villancico religioso" (basado en Lope de Vega), "Cantata Festival"; "El buey sobre el techo" y "El viejo, el amor y la muerte" (música para mimos); "El peine de oro" (ballet inspirado en una leyenda chilena); "Los remansos", "Las baladas amarillas", "Cortaron 3 árboles" (corales con texto de García Lorca); "Preludios enlazados" y "Preludios episódicos" (obras para piano); "Trio para flauta, clarinete y fagot"; "Epitafios fúnebres" (comedia musical para orquesta de cámara, obra para títeres con texto de Lope de Vega); "Sonata para violín y piano", "Primera sinfonía"; "Del diario morir" (opera burlesca en tres actos, con duración de tres minutos); "Marcha fúnebre para coros mixtos" (escrita para solemnizar el fracaso de sus propias composiciones); "Los absurdos musicales", "Madrigalillos para coro a tres voces"; "Tres marinos a la orilla" (para soprano, bajo y orquesta); "El niño muerto", "El niño mudo" y "Palimpsestos" (para contralto y conjunto de cámara; "Los retratos" (caricaturas de compositores); "Pieza para flautín solo", "Pieza para flauta y corno inglés", "Divertimento para dos violines"; la cantata "El deseo", "Tres impresiones para piano"; "Divertimento para maderas y cuerdas" (canciones y rondas de Navidad); "Canciones de Año Nuevo", el ballet "Andacollo"; "Estudios emocionales para piano"; "Estudios emocionales para orquesta"; "Dos poemas para viola y barítono"; "Caprichos"; "Siete adivinanzas para coro mixto de 40 voces" (en donde se plantea el siguiente acertijo:

*Mi madre tenía un chamanto
y no lo podía doblar;
mi hermana tenía un espejo
y no la podía contar.
mi padre tenía una bolsa
llena de nitro
y no se podía mirar;*

cuya solución era: el cielo, la luna y las estrellas); "Caprichos para cuerdas"; "La lámpara en la tierra" (cantata para barítono y pequeña orquesta de percusión, con contrabajo, cello y viento); "Partita para violín" y "Partita para cello". Dejó inéditas: "Arauco" (para solista, coro y orquesta); "La espera" (música para mimos); "El amor de don Perlimplín" (con texto de García Lorca); "Segunda sinfonía" y volúmenes enteros de estudios sobre la música chilena y sobre los personajes de "Hamlet", temas ambos desarrollados a través de un novísimo enfoque sociológico. Toda esta copiosa, fluvial producción fue abarcada por el joven inválido en sólo 9 años de trabajo, con un estilo personal, capaz de innovar audazmente, con un misterioso sentido que



ALBUM DE FAMILIA CON UN AUSENTE. Junto al sillón vacío de Roberto Falabella, aparecen su madre, Marta Correa; su esposa, Olga Díaz Blanc, y sus dos hijas, Ximena (8 años) y Florencia (7).

hermanaba la música de mundos tan dispares como el universo atonal de Schoenberg, el ritmo sincopado de los alres negros, la rebelión de la música electrónica y la simplicidad de los cantos indígenas de América. Por algo, sus dos objetos favoritos eran un tablero de ajedrez y una flauta andina.

TIEMPO DE AMAR, TIEMPO DE MORIR

Deigado, estilizado, de piel morena y ojos verdes, vivía sonriendo, bñanceando, atento a los menores hechos de América y del mundo. Desde su rincón sin pasos, irradiaba paz alborozada, amor a la vida. En 1950, casó con Olga Díaz Blanc, admirable y fervorosa. Nacieron dos hijas: Ximena (1951) y Florencia (52). Hogar que era visitado por innumerables jóvenes y artistas. Cuando el conjunto negro de "Porgy and Bess" se presentó en Chile, Roberto Falabella no pudo asistir al Teatro Municipal. Pero, en cambio, los cantantes negros fueron a cantar a su casa. Permanecieron allí toda la noche, y llegó a ser tan delirante el entusiasmo que —según contaba Roberto— "se bebieron to-

do lo que había, ¡hasta... el vinagre!"

Amaba el verano, y murió en verano. Su enfermedad y su muerte no fueron propias de su natural dolencia, sino una simple torsión intestinal que se complicó con bronconeumonía. Enfermedad de médicos, como habría dicho Rilke.

En la Clínica Alemana, se divertía contemplando el cuadro gráfico de su enfermedad, con aquellas líneas en colores que subían y bajaban como una estadística del costo de la vida:

—Qué linda sinfonía de colores en la Clínica Alemana —le observaba a la enfermera.

Quando las líneas fueron torciéndose y subiendo, dijo:

—Mi sinfonía va in crescendo... Aquello ocurrió el 18 de diciembre de 1958, a seis días de la Navidad. Antes de morir, pidió:

—Quiero que me sepulsen en la tierra, sin trabas...

En el cementerio, el poeta Pablo Neruda dijo de él:

"Convirtió el polvo y el dolor en cantos; transformó las tinieblas en colores luminosos... Está aquí, aún con nosotros, y no está convertido en polvo oscuro sino que en clara música".

FRANK...

(de la pág. 2)

Es un edificio oblongo de seis pisos con una cúpula de vidrios que demoró dos años en construirse. Es hueco en el centro, con paredes de distinta altura, sin ventanías, con una rampa en lugar de escalera en cuyos costados se exhibirán las obras de arte.

La vida, pues, no dejó de tener aliciente para este hombre extraordinario y tal vez el calificativo de "genio" no le cuadraría mal, como lo pensó el crítico Alexander Woolcott, que hace veinte años dijo:

—Si se me obligara a llamar genio a un solo norteamericano, guardaría el calificativo para Frank Lloyd Wright.

ENTREVISTA...

(de la pág. 7)

tro consigo mismo. Tenía la obsesión de la muerte. "Escribi creyendo morir en cada poema, pero sin desearlo realmente." En el "Hombre de Cro-Magnon", superó esta etapa, ya que muestra un optimismo sincero y el vigor de sus versos es vital.

Ahora, ya libre de su obsesión, cree que "la muerte para el hombre no existe, sino en la misma forma en que pierden su savia las hojas del otoño para hacer posible el nacimiento de nuevas hojas en primavera. El hombre es uno solo desde su origen hasta siempre. Yo no sólo llevo en mí sino que SOY, todos mis antepasados hasta los más remotos, y todos mis descendientes y todos los hombres y todos los antepasados y todos los descendientes de todos los hombres del planeta. El hombre en el mundo es un solo ser vivo".

Y a nosotros, el título del "Hombre de Cro-Magnon se despreza" ya no nos parece incomprensible".



MIENTRAS FALABELLA DICTABA, sus secretarios, Raúl Rivera Vargas y Eduardo Moubarak, escribían las partituras.